



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Juan Gelman • El Duende • Erika J. Rivera • Froilán González y Adys Cupull • Marcelo Cohen
Pablo Cingolani • Octavio O'Connor • Leonardo Valencia • Velia Calvimontes • José Martí
Paréntesis • Carson McCullers

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIV nº 597 Oruro, domingo 10 de abril de 2016

FUNDACION
ZOFRO
CULTURAL



Ángel guardián. Pastel y tinta
20 x 10 cm
Erasmo Zarzuela

Poesía y política

Los portavoces de la poesía llamada pura, esa que planearía sobre las miserias de nuestra humanidad, en realidad pretenden amputar la expresión poética y, por ende, la expresión del ser humano. Exactamente como aquellos que no hace mucho pretendían –o aún pretenden– lo contrario, una poesía exclusivamente política o social, vinculada –dicen– a las luchas de los pueblos, esos pretenden además amputar la expresión de los pueblos, mucho más rica de misterio y aventura que los imaginados por cualquier funcionario.

Juan Gelman. Poeta argentino, 1930 - 2014.

Letras Orureñas en La Paz

Luego del lanzamiento del libro *Letras orureñas. Autores y antología*, efectuado el pasado 10 de marzo en la ciudad de Oruro, la obra también fue presentada en La Paz este 6 de abril.

La noche del pasado miércoles, en el salón principal del Espacio Simón I. Patiño, ubicado en la zona de Sopocachi, Mariano Baptista Gumucio, reconocido historiador y gestor cultural, fue el encargado de glosar el libro, destacando su valor investigativo y como aporte a la bibliografía de consulta para estudiantes e investigadores.

En el acto también participaron Luis Urquiza, quien destacó el alcance y objetivos del proyecto; José Antonio Quiroga, director de Plural Editores, coeditora de la obra, Benjamín Chávez, a nombre de los autores, y Michella Pentimali, directora del Espacio Patiño.

El trabajo de investigación fue elaborado por los escritores Carlos Condarcó Santillán, Benjamín Chávez Camacho y Martín Zelaya Sánchez, con el impulso de Luis Urquiza Molleda, Presidente de la Fundación Cultural ZOFRO.

La obra de 400 páginas se divide en dos partes, la primera contiene fichas biobibliográficas de 124 escritores y escritoras nacidos en Oruro, o que siendo oriundos de otras regiones, desarrollaron gran parte de su carrera literaria en esta ciudad.

Además de datos biográficos básicos, se incluye un detallado panorama de su obra y valoraciones críticas sobre sus principales publicaciones.

La segunda parte es una antología mínima, con 67 de las mejores piezas tanto en prosa como en verso.

“*Letras orureñas* es un libro que, bajo ese título metafórico, pretende constituirse en una fuente de consulta para investigadores, estudiantes y lectores interesados en literaturas regionales. Uno de los objetivos que nos impulsó a realizar este trabajo fue la sistematización de una gran cantidad de información dispersa acerca de autores y obras literarias, con la consiguiente actualización de datos y, eventualmente, la corrección o precisión de los mismos”, así remarca el prólogo a la edición, firmado por los tres autores.



el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquiza@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

La introspección humana en el mundo medieval

Erika J. Rivera

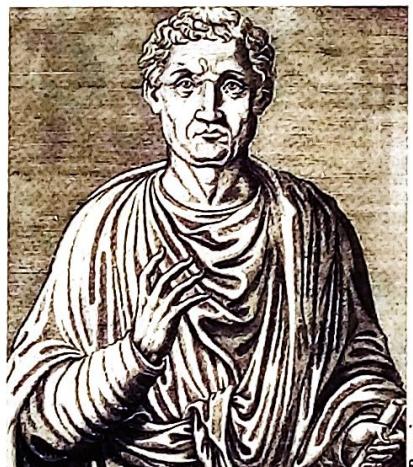
¿Es original el pensamiento medieval? ¿Cómo saber lo que pensamos es original? La huella del pensamiento es lo que perseguiremos en este trabajo. Pero no cualquier pensamiento, sino el más tormentoso de todos, el del mundo interior. Conciencia y soberbia nos acompañarán en estas reflexiones al tratar de comprender el pensamiento introspectivo en el contexto medieval. Ahora bien, si la introspección es la reflexión sobre uno mismo, encontramos que este acto fue realizado a lo largo del tiempo y en diferentes espacios geográficos. Entonces surge la pregunta: ¿Qué tiene que decirnos el mundo medieval al respecto? ¿Y es original lo que se ha reflexionado sobre esta temática? Para ello atravesaremos la pluma de Boecio y lo que se ha escrito sobre él para conocer la introspección humana a través de este autor medieval.

Debemos entender por mundo medieval de acuerdo a Josef Estermann: "El mismo término 'medieval' o ('Edad Media') es una concepción ideológica en el sentido de que sugiere que trata de un período 'intermedio' entre dos épocas trascendentales, o sea, la Antigüedad y la Modernidad". Aparte de esta observación, me atrevo a señalar que el pensamiento medieval era calificado como decadente y sin luz, además de dogmático. Se ha preservado la idea de que este dogmatismo solo reflexionaba sobre la comprobación de la existencia de Dios. Entonces: ¿cómo es posible reflexionar sobre uno mismo en aquella época? Me refiero a la reflexión del ser humano como centro del mundo. He aquí la sorpresa, ¿significaría sacrilegio o algo pecaminoso? No, debido a que estos calificativos son sólo ideológicos porque el pensamiento y la reflexión no pueden ser entendidos de forma fragmentaria o con rupturas absolutas. En ninguna parte de la historia del pensamiento, ningún pensador ha empezado de cero, ya que a todo ser humano nos acontece un horizonte cultural. Es decir que nos acompaña y acompañará un contenido con relectura crítica y creativa. Por lo expuesto en el medioevo encontraremos relecturas con puntos de vista novedosos, con interrogantes originales y soluciones creativas, adaptando el pensamiento a los nuevos paradigmas filosóficos de la vida intelectual y espiritual de la época. Por lo expuesto es que desarrollaremos a un pensador medieval como Boecio que puede significar una luz brillante fuera de los prejuicios que nos hacemos de la historia y del pensamiento.

El contexto de Boecio fue la patrística tardía. Este período muestra, respecto al anterior, un claro agotamiento de la fuerza creadora. Los escritores o padres se contentaban ahora con sistematizar las doctrinas del pasado. A lo que se añadió, realmente, que la época de las invasiones no fue favorable para una secunda actividad espiritual.

Mauricio Beuchot nos explica que "Boecio fue un gran traductor y comentador de Aristóteles. También lo fue de Porfirio, con lo que inició el estudio y polémica de los universales. Introdujo al occidente latino muchos tér-

minos filosóficos griegos. [...] No sólo contribuyó a la terminología técnica, sino que —con sus traducciones modélicas— fue el educador filosófico principal de los latinos". Al respecto H. C. F. Mansilla también nos relata que "Boecio había traducido a los filósofos clásicos griegos al latín, había compuesto tratados sobre música y teología y, sobre todo, había iniciado el original programa de conciliar fe y razón, filosofía y teología, creencia y ciencia". Pero entonces concluyo en que este personaje de la historia lo tenía casi todo, y sin embargo se consagró a la introspección. Considero que era un gran retórico, un erudito, un político, un aristócrata. Lo que hoy podemos llamar el ejemplar del ciudadano exitoso: inteligente, adinerado e influyente. Ya podemos observar que la Edad Media no está muy alejada del siglo XXI. Entonces ¿qué lo lleva al camino de la muerte? Podríamos contestar: la política, la traición, el poder y tantas cosas que lo condujeron de los asuntos públicos a la introspección obligada en la celda de una prisión. Considero importante la reconstrucción



Boecio

introspectiva que realiza Boecio, la reflexión interior de su alma, de los impulsos subjetivos que lo llevan a objetivar su magna obra: la *Consolación de la filosofía*. Obligado por las circunstancias externas, este hombre nos muestra su esfuerzo por comprender los miedos del alma humana. Por ello vale la pena indagar en sus páginas, porque de forma creativa y con una retórica muy bella nos señala el martirio de los seres humanos, el peor de todos, el del mundo interior.

Después de haber realizado una breve vista panorámica sobre el mundo medieval y el de Boecio, puedo señalar que el pensamiento medieval es original, no porque las ideas que nos presentan no se las hubiera pensado jamás, sino porque tuvo la capacidad de una relectura que le permitió de forma creativa transmitirnos la introspección humana. Así por ejemplo nos dice el propio Boecio: "[...] sí, que a impulsos de la desgracia la vejez ha precipitado sobre mí sus pasos, y a la mitad del camino de mi vida he sentido sonar la hora definitiva del sufrir. Cubren mi cabeza precoz canas; mi cuerpo agotado siente ya el escalofrío de la tez marchita y rugosa. ¡Dichosa muerte, cuando sin amargar la dulzura de los años buenos acude si el corazón la llama en su favor! Pero, ¡ay!, que,

despiadada, cierra sus oídos a la voz de la desgracia...".

Este autor a través del verso rítmico, nos expresa metafóricamente que él a sus cuarenta y cuatro años, sin necesidad de estar en la senectud de la vida, tiene un encuentro consigo mismo y a través del conocimiento puede autoconocerse. Ya no solo se trata de mirarse al espejo, es decir de solo conocerse exteriormente, sino del encuentro con uno mismo. Sin embargo, lo interesante es que no vamos solos a ese encuentro, sino que nos acompaña el conocimiento. Impulsados por la razón nos aferramos metodológicamente a la filosofía para explicarnos lo que necesitamos aclarar, explicar. Nuestro método es la filosofía, el camino el conocimiento. El autoconocimiento

es una necesidad para vivir racionalmente. Saldar nuestra cuenta introspectiva nos permitirá avanzar. Continúa Boecio: "En tanto que en silencio me agita en estos sombríos pensamientos y con aguzado estilo escribía en blandas tabillas mi lamento quejumbroso,

parecióme que sobre mi cabeza se erguía la figura de una mujer de sereno y majestuoso rostro. [...] Sin embargo, iba maltrecho aquel vestido: manos violentas lo habían destrozado, arrancando de él cuantos pedazos les fuera posible llevarse entre los dedos. [...] Sí, con las estériles espinas de las pasiones, ellas ahogan la cosecha fecunda de la razón; son ellas la que adormecen a la humana inteligencia en el mal, en vez de libertarla. (...) No, la Filosofía no podrá consentir quedara solo en su camino el inocente; [...] ¿Crees que se está la primera vez que una sociedad depravada pone a prueba la sabiduría?".

En estas líneas encontramos a Boecio recorriendo el camino del conocimiento de la mano de la Filosofía para conocer a todos los que han osado pensar, palabras brillantes que nos permiten conocer la historia de las ideas y a valorar el pensamiento de los que nos anteceden. "Existe el libre albedrío; ya que un ser dotado de razón no puede carecer de él. La causa de esta oscuridad es la incapacidad del entendimiento para comprender la simplicidad de la presencia divina: si fuera posible concebirla siquiera, no habría dificultad alguna ni incertidumbre. La razón va más allá, y por un examen comparativo y general determina la

especie de cada individuo". Nuestra libertad individual que no está en contradicción con el determinismo universal. Nos permite indagar sobre nosotros mismos, nuestra inteligencia y lo que nos rodea. Nosotros somos el puente de la comprensión de lo que existe, conocer nuestro mundo interior nos permite elevarnos a otros terrenos más abstractos como el tiempo, el entendimiento, la libertad y la sabiduría divina.

Por amor a la filosofía y en honor de la filosofía deberíamos reconocer que la introspección nos permite reflexionar sobre nosotros los individuos que queremos heredar la pluma de los grandes pensadores y que soberbiamente creemos ser mejores por considerarla distinta y superior. Como si las otras aspiraciones humanas no significarán nada en el contexto de la historia universal. Nos consideramos mejores por el impulso de acumular, transmitir y crear conocimiento con la aspiración de que nuestra huella sea reconocida por otros en un futuro a diferencia de los banales que se dedican acrecentar sus cuentas bancarias y al disfrute material. Falsamente nos consideramos superiores, porque creemos llegar a la sabiduría. Pero qué soberbia es esta interioridad, somos igual de ruines, banales y soberbios. En el silencio universal somos iguales, ni mejores ni peores, somos igual a la humanidad entera, no tenemos la sabiduría suficiente como para aceptar que solo somos un aparecer, una raya, un instante en la infinitud del universo.

Como mencioné, gracias a un incidente menor Boecio pasó del poder supremo a la cárcel y al cadalso. En la prisión escribió su obra más importante, analizándose a sí mismo. La caída de Boecio es la caída del alma humana. Con él podemos compartir el recorrido de sus reflexiones de la introspección humana que puede ser la de cualquiera de nosotros porque es un problema que nos compete a todos. Gracias a que él tuvo la capacidad de objetivar este mundo interior y la virtud de la honestidad que le permitió elevarse al rango de la sabiduría a través de la razón. Solo reflexionamos por la razón que nos acompaña, pero notar la capacidad de nuestra razón y ordenar y reflexionar por la razón se eleva a la sabiduría porque comprender todo esto está más allá de la rutina intelectual. Para usar la razón en aras de la comprensión se requiere sabiduría. El conocimiento es el camino, pero la sabiduría es la meta. Entonces alcanzar la sabiduría es uno de los más grandes logros del alma humana y, simultáneamente y paradójicamente, una de las peores soberbias humanas. Pero sufrir por esta elección, por este pecado capital, es una decisión muy humana.

Homero en La Habana

* Froilán González y Adys Cupull

La ciudad de La Habana se ha convertido en centro de congresos, eventos internacionales, negociaciones, secretas y públicas, para lograr la paz, celebraciones de ferias internacionales, visitas del Sumo Pontífice, del Patriarca de Moscú y toda Rusia, otros representantes de instituciones religiosas; de presidentes, vicepresidentes, ministros, embajadores, poetas, comerciantes, empresarios, catadores de ron, fumadores de puros, famosos del cine, artistas, cantantes, presentaciones de orquestas y coros reconocidos mundialmente, ballet, pintores, diseñadores de ropa, modelos, periodistas, escritores, científicos, educadores, deportistas...

Por todo ello, es justo recordar al poeta y escritor alemán Georg Weerth cuando escribió en 1855 a su amigo Heinrich Heine: "La Habana será el campo de acción donde se resolverán, en primer lugar, los grandes conflictos del Nuevo Mundo". En sus visitas a Cuba, se percató que ganaba terreno en los cubanos la idea de la liberación nacional contra el yugo colonial español.

La despiadada opresión, por parte de los colonialistas y el sentimiento de libertad de los oprimidos, condujo al pueblo cubano a la lucha armada. El 10 de octubre de 1868 estableció el inicio de la Guerra por la Independencia. Solo habían transcurrido trece años de lo manifestado por Weerth.

¿Quién era aquel poeta enamorado de La Habana? Fue amigo de Carlos Marx y Federico Engels, cofundador de la Gaceta Renana y coautor del Manifiesto Comunista y del Socialismo Científico. Nació el 17 de febrero de 1822 en Delmold, Alemania.

En 1852 Marx y Engels vivían en una casa de huésped en Bruselas a donde fue a residir Georg Weerth y se forjó una gran amistad. Ese año comenzó a viajar como comerciante a América Latina y el Caribe. En 1853 llegó a La Habana e informó a Heine: "La Habana es tan grande como Berlín, Bruselas y Lyon y se parece parcialmente a París". También anotó: "Mientras más conozco a La Habana, más me gusta...".

Después de visitar varios países de

América Latina, regresó a Londres el 16 de junio de 1855. En el otoño de ese año se encontró con Carlos Marx en la casa de Engels, donde permaneció varios días.

Carlos Marx narró: "Si bien ahora no escribe folletines, los cuenta, y el oyente tiene la ventaja de la acción viva, de la misma y de la sonrisa socarrona... Él ha visto, vivido y observado mucho. Ha cabalgado en las pampas. Ha escalado el Chimborazo. Se ha detenido en California, en ocho días zarpará para el trópico. Es muy divertido escucharlo."

Probablemente su interés por Cuba comenzó con los estudios que sobre la geografía y la naturaleza dio a conocer Alejandro de Humboldt considerado el segundo descubridor de Cuba; y la presencia en la Isla del naturalista Juan Gundlach, que la llamó su segunda patria.

El 2 de octubre de 1855, Weerth comunicó a su novia Betty Tenderingy: "Renunciaré a mi frenético vagar por América y concentraré todos mis esfuerzos en La Habana. Entonces me dedicaré a la primera afición de mi juventud, la literatura. Estos son mis planes."

El 17 de noviembre de 1855, emprendió un nuevo viaje, llegó a La Habana a principios de 1856, visitó la ciudad de Santiago de Cuba y calificó a las muchachas como las más bellas que había visto en el mundo. Al regresar a la capital cubana contrajo la fiebre amarilla y falleció el 30 de julio de 1856. Tenía 34 años de edad.

Carlos Marx le diría a Engels: "La noticia del fallecimiento de Weerth me afectó terriblemente y me resulta difícil llegar a creerla". Por otra parte Federico Engels lo llamó "el primero y más importante de los poetas del proletariado alemán".

Todos los años visitamos la placa colocada en lo que fue su tumba en el antiguo Cementerio de Espada, a pocas cuadras de nuestra casa en el barrio de Cayo Hueso en Centro Habana.

dras de nuestra casa en el barrio de Cayo Hueso en Centro Habana.

Le hemos mostrado el lugar a muchos amigos, entre otras a Roberto Sosa, Poeta Nacional de Honduras y al Comandante de la Revolución Sandinista Tomás Borges. Esta vez llevamos al escritor y poeta boliviano Homero Carvalho Oliva y su esposa Carmen Sandoval, en ocasión de la Feria Internacional del Libro.

Les llevamos a las canteras de La Fragua Martiana donde se rememora el presidio que sufrió en su adolescencia el Héroe Nacional de Cuba, José Martí, quien fue condenado por el gobierno español a realizar trabajo forzado. Luego en el exilio escribió sus vivencias, que tituló *El Presidio Político en Cuba*. Con Homero y Carmen recorrimos la histórica calle San Lázaro, el lugar donde fue herido el Comandante Camilo Cienfuegos, en una de las tantas manifestaciones contra la dictadura de Fulgencio Batista, el parque a Los Mártires y la placita al patriota ecuatoriano Eloy Alfaro.

Homero Carvalho Oliva, nació en 1957 en Santa Ana, un pequeño pueblo, del departamento del Beni, conocido como la Amazonia Boliviana. Como escritor y poeta ha obtenido varios premios a nivel nacional e internacional. Su obra literaria se ha traducido a varios idiomas y figura en antologías de México, Estados Unidos, Venezuela, España, Colombia y Perú.

Es autor de la antología de poesía *Amazonica de Bolivia*. Sus poemas nos impresionaron, entre ellos el dedicado a su padre, *Los Pobres, Soledad*, incluidos en su libro que tituló: *Inventario nocturno*.

Recordamos a Georg Weerth junto a Homero y Carmen frente a la placa solitaria que señala su presencia en Cuba. Hablamos de cómo grandes personalidades cubanas se unieron en 1963 en ocasión del 107 aniver-

sario de su muerte, por iniciativa de la Universidad de La Habana y cómo fue develada la tarja con la presencia de Lázaro Peña máximo dirigente de la Central de Trabajadores de Cuba y del escritor Roberto Fernández Retamar en representación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Le contamos como Juan Marinello fue uno de los más importantes estudiosos y divulgador en Cuba de la obra de

Weerth.

La visita nos llevó nuevamente a leer el libro de Homero Carvalho Oliva, "Inventario nocturno" y su poema "Soledad," de profundo contenido humano, lleno de ternuras. Y el consejo sabio en "Lectura de la hoja de coca."

"No me consultes a mí
Dijo la sagrada hoja
El futuro está en tus manos."

El poeta de las aguas y las tierras amazónicas, nos hizo recordar la prosa de Julio Antonio Mella, cuando el joven cubano fundador de la Federación de Estudiantes Universitarios en 1922 se interrogó en una de sus crónicas:

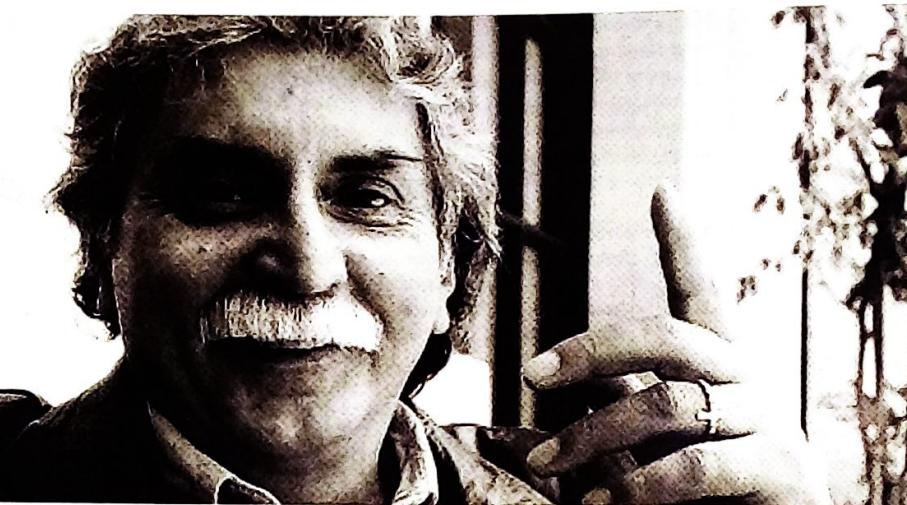
"¿Cómo puede el Amazonas, cuando está desbordado, preocuparse de la conveniencia que para aumentar su caudal pueda tener, una nube que pasa cargada de agua, si esta se rompe en lloviznas...?"

Y las palabras de la cubana Olga Rodríguez Colón cuando escribió que el río Amazonas se alegra por la risa estallante de cien ojos de agua, que oye rugir al jaguar en voz de muerte y se siente crecer igual a esos árboles que oscurecen de siglos.

Pablo Neruda, en su Canto General, lo llama padre, patriarca, capital de las silillas del agua, eternidad secreta de las fecundaciones. Homero Carvalho nos dice en su poema, dónde está el río.

Más allá
del poema
está el río
y más allá del río
está el alma del poema
de donde nace el río.

* Froilán González y Adys Cupull.
Escritores e historiadores cubanos.



Homero Carvalho

Derrumbe y reconstrucción en el libro capital de Raúl Zurita

Fragmento de la valoración a la obra del poeta chileno Raúl Zurita por el escritor, traductor y crítico literario argentino, Marcelo Cohen

Se dice de Zurita (Ediciones Universidad Diego Portales, 2011) que es un libro monumental, y no extraña. Consta de 740 páginas de poesía y pesa más de un kilo y medio, pero además es esencialmente grave. Todo en blanco y negro desde la tapa —con Raúl Zurita en sombras de Zurbárán—, contiene fotos de farallones gigantescos, de olas encrespadas rompiendo, la famosa foto-carnet del autor como reo santo, y los poemas, encuadrados con una severidad de columnas de combate o procesiones funerales, son piezas de bordes duros con un interior turbulento y superpoblado, como la obsesión. Los lapidarios títulos de las secciones, que según una nota final son “22 frases frente al mar sobrepuertas en los acantilados de la costa norte de Chile”, dan fe de una confrontación agonística con la herencia y el futuro: Verás un país de sed – Verás auroras como sangre... Está lleno de imágenes grandiosas, de plegarias toscas, de tropos ensamblados como bloques móviles de espacio-tiempo. El tono comprende la tragedia, la narración directa, la sátira coloquial y el diálogo cinematográfico, la consigna, el responso, la blasfemia y la rogativa, el autosarcasmo bilioso (“todo ese pajeo del arte bajo la dictadura y blablablá”), el idilio, la descripción diáfana, la fantasía sintomática y más. “Y lo vieron después frente a esas playas imponente/ pálido moviendo la batuta frente a las rompientes?// Mientras detrás de él el atardecer caía como si fuera/ otro mar y nosotros el horizonte que miraba a LVB/ doblarse lloroso cayendo frente a esas olas...// Qué tocas le preguntaban a LVB los torturados cayendo/ como caen las rompientes en las playas. Quise/ interpretar estas rompientes pero era sólo el oleaje de/ los muertos les contesta él con tristeza sordo como/ Dios apuntando su batuta al ensangrentado cielo.” LVB es Beethoven, uno de la multitud indiscriminada de muertos tutelares que se dispersa por las páginas, muchos llamados por citas o alusiones a sus obras o sus actos: José y sus hermanos, Lucrécio, Jesucristo, Dante, Shakespeare, Napoleón, Mel Gibson, el piloto del Enola Gay, Pavese, Ashberry, Michael Jackson, Cormac McCarthy, Raul Lagos, Víctor Jara, Bruno y Susana, los dos amigos de Zurita asesinados. Todos, como el pueblo de chilenos difuntos que deambula con ellos, en un escenario hecho con participios de ruina: desahuciado, triturado, desmoronado, petrificado, machacado; “huellas de un puente aplastadas”; “canciones cisterna descuartizadas”. Entre los mares de piedras y los miembros de prisioneros arrojados a las montañas y las filas de exodo, repican motivos recurrentes, tan diversos como *Ha empezado a llover u Hondo es el pozo del tiempo*. Lo bastante hondo para que quepa el futuro, el libro es también un umbral a lo desconocido por venir. Zurita tiende al mito —incluso al mito personal, desde la muerte del padre y el

abuelo casi el mismo día cuando Raúl Zurita tenía dos años— y lo deroga. Escabroso, sombrío, se alza sobre la catástrofe como un memorial de la desgracia, el sufrimiento, la culpa del sobreviviente; se desespera por restaurar una noción de país contra el patrioterismo genocida de la dictadura de Pinochet y vislumbrar una Vida Nueva. Zurita siempre se dejó guiar por Dante, y aquí es su compañero. El libro es un agregado de escombros de la tradición y la experiencia tal como los capta la escritura del recuerdo, la pesadilla y la visión; un monumento funerario hecho con muertos. Apabullu; llama a la identificación, al estupor, el temor reverencial, a fugaces sospechas y al fin a una entrega entumecida, sin pensamiento, de donde un fragmento, no para todos el mismo, sacude de golpe al que lee con un conocimiento sólo formulable en esas palabras. *Las heladas montañas se derrumban sobre sí/ mismas y caen. Tal vez el mar las acoja. Hay/ tal vez un mar donde los cuerpos helados caen./ Quizás Zurita eso sea el mar. Un limbo donde/ los cuerpos caen. Habrá también margaritas./ Margaritas en el fondo del mar de piedras... Tal/ vez las margaritas amen a las heladas montañas./ Tal vez los encantados cuerpos las escuchen gemir./ En una tierra enemiga es común que las/ margaritas giman oyendo caer las cordilleras. Y a veces, mientras uno avanza por los pasajes de repetición con mínimas variaciones, un pedazo vivo le da en la nuca: Yo con cada letra cago sangre.*

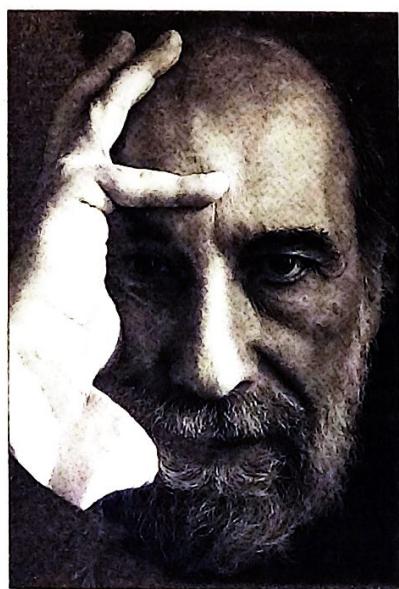
“Los seres humanos no somos más que metáforas de lo mismo”, dijo Zurita en una entrevista. “Si uno pudiese llegar al fondo de sí mismo sin autocompasión y sin falsa solidaridad, es posible que estuviera tocando el

fondo de la humanidad”. En 1973 Zurita tenía 23 años, se había separado de su mujer y de dos hijos —primera de una serie de deserciones brutales—, había estudiado ingeniería y militaba en el PC. La madrugada del golpe de estado lo detuvieron en Valparaíso y lo encerraron y torturaron durante tres meses en la bodega del carguero Maipo. Desde el lapso infame que va de la tarde del 10 de septiembre al amanecer del 11, Zurita irradia hacia la irrevocable primera infancia, varios pasados y el futuro incierto, encajonados en una geografía chilena feroz. En ese universo pululan fantasmas de la memoria y siluetas de una civilización que repetidamente culmina en la barbarie y una hoguera abarcadora, como cuando los torturados de un campo de exterminio oyen que suena Pink Floyd. Todo esto remite al Ulises de Joyce, algo que Zurita ha hecho explícito. Y es cierto que el libro no es un poema narrativo sino una novela en poemas; cientos de poemas de verso blanco, de métrica oscilante pero con pie y acentuación sostenidos. El aspecto de las páginas es de una homogeneidad sólo cortada por diversas jerarquías de títulos, por pocas imágenes, por llamamientos, citas y algunos cambios de tipografía o estrofa. Pero en el ritmo parejo, pequeños vaivenes, hiatos, encabalgamientos en serie y cesuras improcedentes (versos terminados en preposición o artículo) expiden una experiencia personal y colectiva signada por la violencia —desgracia familiar, genocidio, escisión psíquica, desamor, hambre e intemperie de los desheredados, desatinos y traiciones íntimas, negación, martirio, aspiración, caída— pero también la concepción de un amor motriz, impreciso, que vuelve a unir lo que el poder y

el propio sujeto desmembraron. Es como si la vivencia sólo encontraría un paralelo en una poesía de la promiscuidad. Lugares que se solapan, momentos distantes que se intersecan, personas y tiempos verbales que se aprietan o se relevan, figuras que se sustituyen, desnudez e impostura, usurpación mutua entre texto e imagen, entre documento y ficción; además de esa suerte de geología cinéfila inseparable de la emisión de Zurita: un paisaje animado, vivo, pero de una majestad indiferente a las ideas humanas de belleza y horror. *“¡El río Maulín es el mismo meollo del mundo! Gritó. El/ sol se clavaba en los ventisqueros y bajo ellos las aguas/ relumbraban. Estaba en cucillas y se limpiaba la sangre/ reseca entre las piernas.”*

Zurita comprende miles de años; no existe sin la herida histórica del golpe pero tiene vocación de eternidad. Da una lengua y aliento a la constelación de percepciones, pensamientos y memorias que en cada momento de la vida real la ansiedad reduce a un solo artículo. Esas sincronías siempre irrumpen desde una intimidad en el presente, que podría ser la vida del Raúl Zurita maduro en un departamento de Berlín donde sueña sin cesar, y del acople de materiales de distintos orden nacen vástagos de forma caprichosa, terceros términos, las emergencias inefables que suelen engendrar la metáfora y el montaje. El exilio masivo de los chilenos se funde con el de Israel en Babilonia; una pensión en Buenos Aires con un bote en el mar en llamas frente a Valparaíso. Zurita se desliza de un procedimiento en otro confiado en haberlos asimilado ya tanto que si deja ir la voz le saldrán espontáneamente. Quizá monte cada poema como un talismán: un compuesto para la mnemotecnia mágica. Lógicamente, predominan los sueños, muchos como secuencias de película a semejanza de Los sueños de Kurosawa . “...Las fronteras han sido sobrepasadas y si/ hubiese un testigo pero no hay testigos./ este habría afirmado que esas infinitas toneladas/ de desperdicios desplazándose recordaba a un/ ejército que huye en desbandada. Kurosawa,/ le digo entonces, tú habrías filmado ese desierto, tú/ habrías filmado los retorcidos fierros del edificio/ de aduana con las filas de cadáveres alineados.../ y las interminables hileras de buses y automóviles/ calcinados mimetizándose con las piedras de ese/ paisaje lunar. Tú habrías filmado la carretera/ triturada, /los restos del cartel caminero con unas/ señales que en el sueño no logro descifrar.”

Tomado de Letras SS



Raúl Zurita





Historia del Arriero Benicio Marmolejo

* Pablo Cingolani

Benicio Braulio Marmolejo Quispe: la historia ya lo olvidó pero yo no. Benicio fue un arriero singular, letrado y por ello, escéptico. Ballivián, tras vencer en los pedregales de Ingavi, se trajo la gloria hasta Tahuapalca, su refugio al pie del Illimani, la montaña mágica. Una noche de guitarras y macerados de chirimoya, el general jinete, forjador de patrias y putanero célebre, compartía sus pisco y contaba sus hazañas a un grupo de lugarezos. Las resacas de las victorias, en el campo, duran semanas, acaso meses. Fue así que Ballivián, dueño de tácticas y estrategias, le enseñó a Benicio, dos cosas que llevaría con él en sus alforjas: le enseñó a leer y también le enseñó a mover las piezas del ajedrez.

Marmolejo Quispe no tuvo parte jamás en batalla alguna. Se jactaba que con jugarlas en el tablero, le alcanzaba. Si alguien se burlaba de él, de su hombría, sacaba alguno de sus libros —que mezclaba con cacao o incienso u oro de Larecaja— y señalando cualquiera de sus páginas, sentenciaba, mirando fijo: está escrito aquí que el más valiente de todos los hombres sólo anhela paz y no guerra. Y enmudecía a la audiencia mientras guardaba el mágico artefacto y se armaba una chala con el tabaco más aromático de todos: el de Sopachuy, el que marcaba su tío Eulogio, también arriero, también de Mecapaca.

Benicio Marmolejo Quispe había nacido en el pueblo de Mecapaca con el siglo, con las revueltas, con los ahorcamientos, con la guerra que lo arrasaba todo. Jovenuelo, tuvo amores clandestinos bajo un sauce con la sobrina de Simona, la más brava, la más temible dama, amazona, guerrera de su comarca, y por esos azares y circunstancias, tuvo que huir de su furia, tras embarazar a la niña Flora. Su padre le regaló una mula negra y un poncho de Ayo-Ayo —que cuando se emborrachaba, juraba que había vestido al mismísimo Julián Apasa— y lo acompañó hasta el crucero, noche cerrada.

Don Luciano lo despidió diciendo: Benicio, ya eres un hombre. Sigue los pasos de Eulogio, tu pariente andariego. Hacia allá, hacia arriba, queda la ciudad, queda La Paz. Allí no hay nada más que disturbios y motines, sables y campanas, demasiadas tabernas y demasiada hambre. Hacia allá —y su brazo señalaba la oscuridad insomne de la nada—, hacia abajo, el río te llevará a nuevos mundos, a mundos desconocidos. Si yo fueras tú, iría y los buscaría.

Benicio lo abrazó mientras el viejo le entregaba una botella de majuelo y dos panes enmohecidos pero saboreados por el cariño. Benicio caminó toda la noche, y



Ilustración de Charles Wiener. "Familia de indios de Mecapaca"

cuarenta noches más, y un día llegó hasta ese otro mundo que le prometió su padre: el que los mapas antiguos indicaban como la Cordillera de los Mosetenés. Doce años estuvo con las tribus. Ellos le enseñaron muchas cosas: a enrumbar tapires, a fumar y a mirar en la noche y a leer el destino en caracoles y plumas de tucanes. En suma, le enseñaron también dos cosas: le enseñaron a cazar y le enseñaron la magia. Le enseñaron casi todo, el general Ballivián le enseñaría el resto mientras comían cuyes bien tostados y tomaban chicha para curar los malos presentimientos.

Benicio Braulio Marmolejo Quispe y el héroe de la batalla de Ingavi se hicieron compadres. Volviendo de Tacna, trayendo un piano que pensaba cambiar por sciscientas chivas, a la altura de la posta de Pucaraní, un chasqui militar le dio alcance para comunicarle que su compadre el presidente de la república quería verlo. Benicio bajó pensativo hasta la hoyada. Ya en el palacio, los hombres se abrazaron y Ballivián mandó servir unos picantes de gallina tan deliciosos como las piernas de una ñusta de Coati. Al lado de Ballivián estaba sentado su canciller —un hombre hosco, que padecía algún mal secreto—, y al lado del canciller, estaba comiendo otro hombre, ameno y lleno de entusiasmo. El general ajedrecista lo presentó así: Benicio, míralo bien, este es Palacios, un buen boliviano, al cual le impuse un supremo encargo. Te pido que lo acompañes. Gufalo por esos sitios que sólo tú conoces de memoria, preséntale a los caciques, déjalo amigo y luego si quieres te haces escaso y te vuelves. Si vienes por aquí, eso sí, no te olvides de traermes esos ungüentos de vibora que tanto curan y hacen los bárbaros. Palacios se despidió de Ballivián con emoción sincera y le juró, en el

último brindis, que no lo dude, mi general, tendrá su Beni.

Días después, Palacios, Benicio, un pelotón de indios asustados y setenta mulas cargando chalona, sidra, sal, brújulas y esparadrapos, partieron rumbo al norte desde la posta de Caiconi, mientras unos músicos les deseaban buen viaje con unas cuecas. Sesenta y ocho días después, tras cruzar tres cordilleras, arribaron a Sapeco, donde los frailes que unos años atrás se habían enseñoreado allí. Benicio, como flecha, se internó en el monte lujurioso y no descansó hasta encontrar a Munay, el chamán de los Mosetenés.

Munay estaba más gastado, más arruinado, o así lo veía Benicio a la luz de la fogata del campamento que levantaron a orillas del río Bopi. Tres tristes tigres tuve que vencer, Benicio. Las palabras de Munay dolían. Los curas los asustan y los matan y los bichos se han cebado y se han vuelto altivos y tuve que pelearme con ellos, mi hijo. Benicio supo que ya no tenfa nada que hacer en esas selvas, regaló todo su tabaco a Munay, le encorrió a Palacios —que, efectivamente, daría cumplimiento al decreto de fundación del departamento del Beni— y se marchó, por un atajo en la sierra, rumbo a su valle, rumbo a su tierra. En una quebrada honda, soñó a Munay dentro de una nube de mariposas, navegando un lago.

Cambió el piano por las chivas y vivió apaciblemente leyendo y jugando al ajedrez con Anastasio, un chico que una tarde llegó medio muerto hasta Tahuapalca escapando de los azotes del capitán de Huayhuasi. Anastasio, lo ayudaba con la cosecha de maíz y de miel y a cargar zapallos con los cuales preparaban un dulce exquisito.

Un día, Benicio se anotició que Ballivián se había muerto en un barranco o en una este-

pa helada, y tuvo saudades, muchas, pero igual bajó hasta el poblacho, a recordarlo con los otros, en el velorio que organizaron los paisanos.

Esa noche, era sábado, la chicha estaba amarga, picada y Benicio tuvo malos presentimientos. Tres días después, cayó un huayco desde la montaña mágica y enterró la mitad de las casas. Esa noche, era martes, y tras el tumulto, los muertos y unos truenos muy extraños, Benicio sentó a Anastasio en una banca de algarrobo que él mismo había labrado, puso un libro entre sus manos y empezó a enseñarle a leer.

Tres días después, Anastasio ya leía ese libro, cuyo título sigue siendo hermoso, heroico: De la forma y de los principios del mundo sensible y del mundo inteligible. A su vez, Benicio supo que ya era hora de partir, lo sintió tan adentro que no pudo resistir. De despidió del joven —Anastasio lloraba— y guardó queso de Lipari y unas botellas de aguardiente en su mochila y se fue caminando lento, lejos hasta la casa de su compadre Antonio Llanos, en Uma, una comunidad de indios medio cerriles, en el faldeo alto del Illimani. Nadie vivía más alto que esos seres. Desde su casa de piedra laja, los glaciares de la gran montaña no sólo podían verse, casi podían tocarse.

Antonio Llanos lo recibió como siempre: dispuesto a conversar como sólo se confiesan los amigos, bebiendo cada palabra, celebrándolas todas. Y fue así, y así hubiera sido eternamente, sino fuera porque al tercer día, Benicio se levantó y mirándose a los ojos, abrazándose con la mirada, le dijo a Antonio: me voy, mi hermano querido, pero ya nunca más me esperes.

Y fue así, que esa vez, se fue Benicio pero, esa vez, Benicio no bajó hacia el valle, hacia su tierra, sino que empezó a subir, el corazón palpitante, acariciando los glaciares con la punta de los dedos.

Mientras se elevaba, mientras dejaba atrás la piedra y caminaba y se hundía, se hundía pero seguía caminando en la nieve, no estaba triste, no cargaba pesar, no lo ensombrecía la incertidumbre por lo que vendría. Sabía que esa noche, volvería a encontrarse con Munay, con Ballivián, con su padre Luciano, y eso, tan puro y tan simple de entender, eso, le daba fuerzas.

Río Abajo (La Paz), 21 de abril de 2015

* Pablo Cingolani (1963).
Historiador, periodista
y explorador argentino.
Reside en La Paz desde 1987.

Tomado de "Fuentes" Nº 40 - Revista
de la Biblioteca y
Archivo Histórico de la Asamblea
Legislativa Plurinacional



Tarija y la arquitectura colonial

* Octavio O'Connor

Después de contemplar el paisaje que rodea a la ciudad y que hace evocar las vegas andaluzas; después de saborear la dulzura del clima que tantos han comparado con el de la Costa Azul y deambular, bajo un cielo diáfano por calles y plazas de aspecto romántico, el viajero, más o menos culto, que por primera vez llega a Tarija, suele extrañarse de que pese al sello indeleble que puso España en las gentes y las cosas de la Villa de don Luis de Fuentes, no se encuentre en ella ninguna reliquia arquitectónica de las muchas que la Colonia legó a las poblaciones del Alto Perú. Perícele que en el país donde Potosí mantiene el cetro de los tesoros artísticos de aquella, sería de rigor que todas las ciudades guardasen algo siquiera del precio legado pero esta nada puede ofrecer a su curiosidad y a su admiración en ese orden. Los muy pocos edificios de la época colonial que aún quedan en Tarija son construcciones modestísimas tanto por la calidad de los materiales empleados como por la ausencia de todo estilo artístico. Nada revela en ellos la audacia constructiva y el buen gusto de la raza que levantó palacios y templos, como la Casa de la Moneda y las iglesias de San Lorenzo y de la Compañía, en Potosí, la casa de los marqueses de Villaverde y de San Francisco, en La Paz, la Catedral, San Lázaro y la Recoleta, en Sucre, Santa Teresa en Cochabamba sólo por mencionar los más notables entre los monumentos de que se enorgullecen esas ciudades y cuya solidez, majestad y belleza continúan desafiando el paso de los siglos.

¿Cómo se explica que Tarija no haya tenido su parte en la perpetuación del noble orgullo y de la piedad religiosa de los hombres del coloniaje? ¿Es acaso que esas virtudes no anidaban en el espíritu de los habitantes de la ciudad donde España ha dejado tan hondas huellas? No habría razón alguna para admitir esa idea, cuya inconsistencia no valdría la pena analizarla. Creemos que la explicación del fenómeno que anotamos se encuentra en las siguientes reflexiones.

En primer lugar, el género de vida que hubieron de llevar los tarifeños durante la colonia no les permitió realizar ninguna construcción de gran aliciente. Fundada la villa para servir de baluarte contra las invasiones chiriguanas que asolaban la provincia de los chichas y amenazaban a Chacras, su vecindario vivió en continuo sobresalto, con el arma al brazo y manteniéndose constantemente listo para pelear las frecuentes agresiones del enemigo. En cualquier momento del día o de la noche este podía irrumpir en el fuerte, con grandes masas que sitiaban a los moradores, sostenían con ellos sangrientos combates y, a veces les tomaban cautivos que eran salvajemente torturados.

Las antiguas crónicas están llenas de relatos de esa prolongada y encarnizada lucha que los fundadores de Tarija y sus sucesores del tiempo de la colonia sostuvieron con las belicosas buestes indígenas que desbordaban del Chaco. Numerosos documentos nos hacen también conocer las frecuentes quejas elevadas al Virrey de Lima y a la Audiencia

de Chacras sobre la angustiosa situación en que se debatían los tarifeños, así como sus apremiantes pedidos de socorro para continuar defendiendo a la naciente urbe. Más de una vez estuvieron sus habitantes a punto de abandonar sus moradas a orillas del río Guadalquivir para buscar otras más seguras en el interior del Alto Perú, como, según la tradición, lo hizo Juan Ortiz de Zárate que, antes de la venida de don Luis de Fuentes, había tratado de poblar el valle tarifeño e introducido en él gran cantidad de ganado, pero tuvo que abandonarlo todo ante la presión incontenible de los chiriguanos.

Cuando después de mucho tiempo, logran los tarifeños contener definitivamente las invasiones con la batalla del 25 de agosto de 1548, arrojando a los salvajes al interior del Chaco, Tarija continúa la empresa que había comenzado de ampliar en todas direcciones, los dominios de España y, atravesando selvas vírgenes, ríos caudalosos y abruptas serranías, sin cesar de combatir con los salvajes, lleva la civilización a las regiones inaccesibles y remotas. La conquista del Chaco se realiza mediante una serie de expediciones que se suceden con infatigable constancia durante el coloniaje y se continúan bajo la República. Ellas mantienen la tensión heroica y el espíritu de aventura que no deja en reposo a los tarifeños, que habrían podido repetir con Don Quijote:

Mis arreos son las armas;

Mi descanso el pelear.

Es fácil comprender que en tales cir-

cunstancias y embargados siempre por empresas bélicas y civilizadoras tan arduas, no podían aquellos hombres ni soñar embellecer su ciudad con suntuosas y artísticas mansiones, cuando escasamente les alcanza el tiempo para pasar en ella breves temporadas de reposo.

Al motivo ya notado habría que añadir la pobreza por la que atravesó Tarija durante la colonia, con una agricultura muy incipiente, careciendo de minas, las que hicieron la opulencia de Potosí y crearon la economía de otras ciudades del Alto Perú: con escasos y primitivos medios de comunicación para realizar el intercambio de sus productos, los tarifeños de aquella época llevaron una vida austera y difícil. A ellos como dice el Padre Corrado en su "Historia del Convento Franciscano de Tarija" podría aplicarse lo que dijo Cantú de los conquistadores: "eran nobles como el sol y pobres como la luna".

Por último, nunca se tuvo en Tarija brazos gratuitos para el trabajo, como lo tenían las ciudades del Norte. En ella no se conoció género alguno de esclavitud, ni la mita, ni el pongueaje, ni el tributo indigenal. Los aborígenes que poblaban el valle tarifeño antes de la venida de los españoles o sea los tomatas, se mezclaron pronto con los conquistadores, dando así origen a los actuales chapacos, campesinos agricultores "con mucha sangre blanca en las venas", como lo atestiguan todavía su barba abundante y sus claros ojos", según Ignacio Prudencio Bustillo, y en ellos el orgullo y el amor a la libertad estuvieron siempre tan honda y arraigados que nunca toleraron yugo alguno.

He ahí las razones que, en nuestro concepto explican la ausencia en Tarija de monumentos coloniales y la modestia y orfandad de todo refinamiento arquitectónico en las antiguas construcciones, cuyos últimos vestigios van ya desapareciendo.

No, no fue en ese orden en el que se revelaron la reciedumbre ni el fervor mítico de la raza, sino en la labor titánica de someter a los salvajes tan superiores en número y de extender la civilización y la fe cristiana hasta donde su extraordinario arrojo y escasos medios les permitieron

Octavio O'Connor D'Arlach.
Tarija, 1890 - 1979. Escritor, educador y periodista.

Tomado de: "Kollasuyo" Revista de Estudios Bolivianos



Julio Ramón Ribeyro: El inasible

* Leonardo Valencia

Ribeyro se nos escapa de las manos. Su obra como cuentista resulta ser sólo una de las facetas de un escritor formalmente errante y sistemáticamente escéptico. Tres novelas, un diario monumental, obras de teatro, ensayos, libros de fragmentos y dos volúmenes de correspondencia con su hermano, revelan a un autor de gran dispersión pero de un mismo registro. Esto sin referirnos a la cantidad de escritos que permanecen inéditos o de los que se ha suspendido su publicación. Esperamos que, en el caso del diario, los tomos restantes no sufran la maldición póstuma del *Journal de Renard*: ser editado a fuego por su viuda.

Desde temprano Ribeyro tuvo una aguda conciencia de los términos bajo los cuales podía expresarse y, por lo tanto, una intensa capacidad para entenderse protagonista de un conflicto que trataría de llevar adelante: qué tipo de escritor quería ser. Si seguimos cronológicamente su evolución a partir de los diarios, a comienzos de la década del cincuenta, se puede constatar las previsibles incertidumbres de los comienzos y el sueño europeo de un joven sudamericano que sigue pensando en París como lo interpretaba Landolfi: la meca de todos los caballeros del sur. En esta etapa su diario corre el riesgo de ser el reflexivo registro de una educación sentimental sin rumbo fijo. Luego de una errancia sucesiva, Ribeyro publica sus primeros libros de cuentos y una novela. A pesar de las limitaciones económicas, se trata de un discreto comienzo feliz, con las debidas recensiones admirativas de sus contemporáneos peruanos y los contemporáneos sudamericanos que frecuentan ocasionalmente en Europa. Pocas son sus relaciones con la intelectualidad europea a la que incluso elude en el trato personal, dedicado a leer y a escribir sin llevar un pormenorizado correlato de actualidad. Puede constar en algunas entradas de sus diarios o cartas sobre la situación política de la época, pero Ribeyro alude a ella de manera más bien referencial y no encontramos en sus planteamientos una postura activa y definitiva. Los debates pasan como pasan los días y Ribeyro mantiene distancia por incertidumbre. Otro es el eje de gravedad. La novela totalizante le resulta imposible a un narrador que renuncia a los sistemas. Por añadidura, en el segundo tomo de sus diarios, nos encontramos en la década de 1960.

Las novelas latinoamericanas estallan en una carrera despiadada por plasmar sistemas completos de representación múltiple de la realidad. El mismo año que Ribeyro publica su segundo libro, *Cuentos de circunstancias* (el título se reserva la ironía), en México se inicia el alboroto festivo de las novelas de Carlos Fuentes con *La región más transparente*. Poco después Ribeyro asienta los parámetros de su imaginario literario a través de una escritura sobria y sin mayores ostentaciones formales, y publica una sencilla y nostálgica novela sobre el ámbito rural de su infancia. Muy tarde. Se da

cuenta que el mundo ha dado un vuelco abrupto y casi exige que Latinoamérica refunda su identidad a través de un nuevo discurso barroco y exótico. Se mueven las fichas y se apuesta por la orquestación de Mario Vargas Llosa o la proliferación verbal de Carpenter. Ribeyro se percató de este cambio y en ese momento ratifica su definición. Los malabares lingüísticos y estructurales, en tanto que se exhiben pretensiones como la única herramienta, como el punto de vista privilegiado para aprehender la realidad, es un recurso del cual Ribeyro sospecha. Aunque también nos sugiere que no puede acceder a él y que no está dispuesto a forzar su voz. Ya para la década del setenta, Ribeyro desiste de escribir novela. La última que publicó —*Cambio de guardia*, en 1976— había sido escrita diez años antes y respondía a un juego de composición, el más experimental que había llevado a cabo. Su órbita literaria se resiente por el tema político que trata. No era de su vocabulario: “Probablemente” dice una entrada de su diario de septiembre de 1976— el único mérito que tenga *Cambio de guardia*, ahora que la ha vuelto a hojear, es la aridez de su estilo, puramente

funcional, operativo, que transmite la acción sin pararse en adornos ni circunloquios. En una época en que experiencia y búsquedas en materia de lenguaje son moneda corriente en la prosa narrativa, esta novela es un antídoto. Con lo que me situó una vez más fuera de época, con todos los inconvenientes que esto apareja”. La creación no termina. No podemos saber si por necesidad expresiva o por una cruda tenacidad, pero renuncia a la novela. Recopila los fragmentos de *Prosas apátridas* y los libros de cuentos toman una mayor distancia entre sí. Aludirán a situaciones netamente autobiográficas. Las entradas del diario, tal como consta en el tercer tomo, se profundizan y se dilatan. Mientras el primero abarca diez años y el segundo comprende catorce (desde 1960 a 1974), el tercero, publicado póstumo, cubre tres años. Las anécdotas escasean y apenas sirven de punto de apoyo para un periódico donde el entorno —los trabajos fijos— y la detección de un cáncer estimulan que se concentre en sí mismo. La probabilidad de un reclaudimiento de la enfermedad parece ser el acicate para su escépticismo.

Desde ese momento hay un deseo cada vez mayor de regresar temporadas más largas a Perú, y se publica uno de sus mejores libros de cuentos *Silvio en el rosedal* —síntomático, Silvio debe descifrar el enigma que le plantea el bello

y crítico signo del rosedal que recibió inesperadamente en herencia— además de un proyecto cada vez más obsesivo de perseguir una autobiografía. Lo demás permanece inédito. La última entrada de su diario publicado hasta la fecha es de 1978. Podemos seguir por la cronología de sus libros posteriores.

Si último libro de cuentos será *Relatos sacatucinos*, de 1992. Con un marcado tono autobiográfico, revelan a un Ribeyro que, sin renunciar a su característico mundo de fracasados o desengaños estoicos, se concede un uso más confesional del lenguaje. Tiende un puente: el mismo año se empieza a publicar el diario.

En 1994, a los 65 años, se le concede el Premio Internacional Juan Rulfo, pero en esos momentos está demasiado enfermo y muere meses después en un hospital de enfermedades neoplásicas, en Lima.

Hay varias zonas de sombra en la vida y la obra de Ribeyro. Inscrutables en el trato social, podían ser risueño y extrovertido en determinadas ocasiones. Si durante

más de cuarenta años configuró una obra literaria cuya columna vertebral es una cuentística muy personal, en paralelo estableció un diálogo consigo mismo, acaso porque no lo pudo establecer ni con su época, ni con el París en el que vivió y acaso ni siquiera con sus propios compatriotas. Muchos lo frecuentaron, pero de su experiencia latinoamericana y europea no hay ese mundanal coro intelectual del que se rodeaban Octavio Paz o Julio Cortázar. Eso explica la distancia que siempre medió aun con sus interlocutores más próximos, pero en el que ninguno sobresale ni destaca, salvo breves alusiones a Vargas Llosa. Una malintencionada revista limeña reprodujo una entrevista que le hice a Ribeyro y lo publicó como si se tratara de la respuesta que le daba a Vargas Llosa por los duros comentarios de *El pez en el agua* en su contra. Eso no fue cierto: Ribeyro estaba dolido por esa crítica, ya que había sido un malentendido, y aún así seguía imperturbable, reconociendo su admiración por el autor de *La casa verde*.

Sus mejores y más vivos diálogos fueron con la obra de Stendhal, Kafka, Svevo, Chéjov. La narrativa de Ribeyro se diferencia a simple vista de la tradición peruana, incluso de la de sus contemporáneos como Arguedas o Vargas Llosa. La casa de Arguedas es una región: el

mundo tenso de la híbrida cultura andina. En el caso de Vargas Llosa ya no se trata de una casa, sino de un congestionado centro urbano de lenguajes, en el que Ribeyro, con su enjuta figura, se siente perdido y con un acentuado aturdimiento. En un nivel más humano y familiarmente íntimo, mantuvo mayor cercanía con Alfredo Bryce Echenique, precisamente por esa capacidad para ironizar sobre sí mismo. Después viene un silencio enfático frente a los demás. Sólo las ocurrencias de su hijo pequeño lo regresan al ámbito familiar. Este modo de relacionarse con el mundo, manifestado en los diarios, y las coordenadas históricas que no dieron un éxito inmediato a su literatura, explica que Ribeyro se haya tomado a sí mismo como su interlocutor más válido.

Durante cuarenta años su literatura fue un pacto de distancia en el que se callaba para que los demás tuvieran voz. Es rigurosamente exacto que su obra cuentística quede registrada como las palabras dichas desde la muerte. El silencio es su tarjador. Mientras los escritores del boom mostraban simultáneamente a su obra un protagonismo que iba desde el show etnográfico a la vociferación politizada, Ribeyro mantenía un perfil tenazmente discreto. No estaba totalmente persuadido de su propio trabajo, pero tampoco se preocupó por encubrir su temor o disimular con los fastos de un cuarto de hora explotado como si se tratara de una eternidad incuestionable. Una vez concluida su escritura de ficción la voz se la dio a sí mismo. Pudo haberse deshecho de sus diarios o dejarlos intactos, pero la decisión de publicarlos fue la apuesta final de alguien que se supo callar para hablar al último y hacerlo con más vitalidad. No obstante, eso también hay que tomarlo con cuidado. Ribeyro nos reserva un último tiro de dados. Hay más de un espejismo en la aparente concesión de sus diarios.

Las cartas a su hermano Juan Antonio se cuentan por miles. Este tercer Ribeyro, fraterno, detallista, ágil seguidor de su propio trabajo, diligente con la publicación de sus artículos, no es el autor seco y maravillosamente equilibrado de los diarios. Es el hombre concreto que se mueve a nivel práctico, libre de la mediación literaria: el hermano, el trabajador, el pedigüeño y quejumbroso. Las cartas son operativas. Ribeyro se enfrenta al deseo natural por dar a conocer su trabajo, buscar editores, traducciones, y recopilar los artículos que publicaba en Perú desde París.

Con una paciencia diligente, Juan Antonio cumple los minuciosos encargos de Julio Ramón. “Necesito, por el momento —escribe en una carta de 1960— que me reserves en lugar separado un ejemplar de *Los gallinazos sin plumas*, otro de *Cuentos de circunstancias* y otro de *Crónica de San Gabriel*. Enseguida, que me hagas una lista de qué artículos míos tienes en tu poder, pues yo tengo aquí algunos que pueden completar la colección. Por último, que me digas qué comentarios a mi obra de teatro has guardado. Yo los tengo todos menos el de La tribuna, que podrás solicitar a Fernando Gonzales por intermedio de Bendaña o a las chicas Orrego. De todo esto que te digo, la mayor discreción. Ningún amigo, por común



que sea, debe saberlo. Todos esos papeles y libros debes tenerlos listos, digamos para dentro de unos dos meses –ya ves que hay tiempo– a fin de enviármelos cuando yo te los pida”.

Para quienes crefan escudriñar al autor más íntimo en sus diarios, esta correspondencia revela la voluntad y el rigor formal de configurar el diario en Latinoamérica como género, y no como el cúmulo de anécdotas de cualquier escritor. Configura un punto de vista estrechamente narrativo fuera de los géneros tradicionales y constata que las posibilidades ficticias de lo narrativo no se circunscriben a las formas canónicas de la novela y el relato. Finalmente lo narrativo está construido a partir de un mínimo periodo de tiempo lineal. Su extensión estaría proporcionalmente calibrada de acuerdo al nivel de intensidad. Esta inquietud se la plantea Ribeyro desde comienzos de la década de los sesenta. “Imaginar el lenguaje –dice en el diario por 1961– como un material forjable, el cual, bajo el efecto de una temperatura determinada, entra en incandescencia y cambia de naturaleza. Muy pocas veces he conseguido ese estado, poquísimo ejemplos entre las miles de frases que he escrito. Imagino un libro o aunque sea un relato que constituya una alineación de períodos tensos. Pero eso debe ser quizás la poesía”. Terminarían siendo las prosas fragmentadas, el diario y los dichos en donde logró ese desarrollo unitario.

Las cartas refrendan el trabajado estilo de los diarios. Y es que Ribeyro nunca renunció a soltar el timón de su nave, enfatizando que “escribir es inventar un autor a la medida de nuestro gusto”. Pese a la avidez y afinidad que sentía por los diarios de Léautaud, estaba convencido de que, en cuanto género, la escritura de Jünger era superior. Y no creo que tanto por lo que menciona sobre la versatilidad cultural de Jünger, contundente y vasta frente al caso de Léautaud, sino por un elemento estilístico y artesanal concreto. Léautaud escribía a vuelapluma su diario, como si le urgiera la prisa de un registro que luego no sería susceptible de mayor reelaboración, mientras que Jünger era lo opuesto: tomaba notas que luego se pulsan con la misma consideración de una novela o un ensayo. El diario no quedaba como una simple crónica. Era una meditada prueba de selección y estilo.

Queda, por último, un instrumento de constitución delicada, las prosas mínimas de *Dichos de Luder*. Se trata de un librito de cuarenta páginas que publicó en 1992 y donde le cede la voz a un alter ego. “Literatura es impostura –dice Luder–. Por algo riman.” El espacio se ha reducido, el humor campea y la voz se acentúa orientándose al centro de sus propuestas. Esta turbulenta y decantada relación de Ribeyro con el lenguaje lo pone a un costado del torrente verbal de otros narradores. Está más cerca de los poetas; posiblemente alguien como Westphalen o como Eielson sean la vara del material familiar entre sus contemporáneos peruanos. Pero finalmente sigue cercado por los narradores de su generación. Pese a todo, el inasible fijó su palabra. Su obra tendrá una continuidad prolífica y renovable. Dijo más de lo que suponemos.

* Leonardo Valencia Assogna (1969). Escritor ecuatoriano

Tomado de: “(paréntesis)”
Año I – número 9-10 – 2001

–Déle todo lo que quiera, le queda poco tiempo de vida.

–¿Sufrirá mucho, doctor?

–Afortunadamente muy poco, su vida se irá apagando como una llama cada vez más débil.

Tenía siete años. Unos meses atrás se descubrió que padecía de uno de esos males incurables, cuyo nombre hace temblar a todos. ¡Sus primeros años fueron tan normales! Era una niña como las demás, correteaba, reía, hacía las travesuras típicas de su edad junto a sus dos hermanos mayores. De pronto Carmina, fue perdiendo peso y su normal actividad, pero seguía preguntando como era usual, su mente siempre ávida de respuestas.

–¿Por qué ya no tengo ganas de jugar como antes papá?

El padre, fuente inagotable para las respuestas respondió: –Tu pequeño cuerpo está herido por la enfermedad, por eso estás cansada.

–¿Cuándo me curaré?

Una garra fuerte apretó la garganta de Arturo, los oídos le zumbaron, el pecho parecía que le iba a estallar por el dolor: –El médico dice que esta enfermedad es muy rara, que se alarga más de la cuenta...

Entonces Arturo tomó una rápida determinación. Explicó en la oficina la gravedad de la enfermedad de su hijita, pidiendo la vacación que se le debía del año anterior y del presente para dedicarse exclusivamente a ella.

Hasta el momento, Irma, su esposa distribuía su tiempo entre atender a Carmina y los quehaceres de la casa. Ese atardecer, Arturo llegó con la cara cambiada, su rostro se había vestido con una sonrisa serena: –¡Sabes, Carmina! Mañana tú y yo nos vamos de paseo. Tomaremos el tren e iremos hasta “Bella Vista”. ¿Qué te parece?

Hacía tiempo que el brillo había desaparecido de los ojos de la niña, pero en esa oportunidad, un tenue resplandor los animó: –¡Papá! ¡Qué lindo! ¡Gracias!–. Esa noche durmió sin despertar.

Al otro día, ya en el tren, Carmiña no cabía en sí de contento, un débil color rosáceo descanaba en sus mejillas. Ese paseo siempre fue de su predilección. Ella apoyaba la cabeza en el cristal y veía pasar ante sus ojos una película viviente.

La hermosa campiña con los cerros al fondo. Traca, traca cantaban las ruedas. No era uno de esos trenes eléctricos veloces, no. Se podía disfrutar de la belleza del paisaje ampliamente. De trecho en trecho, la niña veía a los labradores dedicados a las faenas agrícolas y veía vacas, burros, ovejas esparradas por doquier. Las bandadas de pájaros hacían su aparición repentina surcando el horizonte, dibujando arabescos caprichosos en su despliegue volátil. También se podía apreciar al ganado pastando pasivamente. El traca traca, traca traca, sonaba con más fuerza, sonaba a hueco cuando cruzaba el puente sobre el río de ondulantes aguas de color terroso, esa visión unida al ruido, causaba a Carmiña una vaga sensación de estar flotando entre nubes.

Cae una estrella

* Velia Calvimontes

El paseo fue perfecto, Carmiña se veía animada. Arturo resolvio realizarlo cada dos días.

Otra cosa que le gustaba a la pequeña eran los cuentos. Arturo buscó los que había en casa para releerlos y compró otros. Entre los paseos en tren y la lectura de los cuentos, que eran motivo de bastante conversación, porque la cabecita de Carmiña estaba repleta de preguntas que las formulaba continuamente, pasaban los días.

Las fuerzas iban paulatinamente abandonando aquel tierno cuerpo. El paseo en tren se redujo a una vez a la semana y Arturo tenía que llevarla en brazos.

En la noche le costaba mucho a la enfermera conciliar el sueño. Para evitar las pastillas de dormir, el padre trasladó un viejo sillón junto a la ventana, decidido acompañarla por las noches más y compartir su insomnio.

Cuando la niña al fin dormía, trasladaba ese cuerpo cada vez más liviano a la cama arropándola amorosamente. Era invierno.

–Mira papá! ¡Las estrellas tienen los ojos muy brillantes!

–Es invierno hijita, en el cielo de invierno, se ven más nítidamente las estrellas.

–A aquella debe ser la reina ¿no?–. Su dedo señalaba a la distancia a la que se destacaba por su tamaño y resplandor.

–Sí, se llama Venus... Así Hablaban hasta agotar el tema, entonces Arturo abría un libro de cuentos y leía, leía y leía hasta que el sueño se compadecía y cerraba los párpados de la enfermera.

–Papá, ¿las estrellas son pedacitos de fuego?

–Mira, se encienden y apagan...

De pronto, un grito de sorpresa: –¡Papá! ¡Mira, está cayendo una estrella!

Contuvo el aliento con la emoción. A lo lejos describiendo una línea curva, caía una estrella.

–De tiempo en tiempo, caen las estrellas, pero su brillo queda para siempre, hijita.

Entonces la niña tuvo una revelación: –Cuando me muera, me voy a caer así, como la estrella ¿no papá? –y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

En el pecho de Arturo, los sollozos luchaban por no desbordarse de su prisión: –¡Sabes, Carmiña! Cuando eso pase, tú te irás a una estrella y alumbrarás para siempre.

La mente ágil de la niña trabajaba: –¡Sí! Y

podré verlos a ustedes desde allí aunque esté tan lejos?

–Por supuesto que sí. Cada noche, yo abré esta ventana y tú nos mandarás besos con sus destellos y así nos comunicaremos, hasta que un día, nosotros vayamos a hacerte compañía.

–¿Y mis cuentos? ¿Quién me los leerá o cómo podré leerlos? ¡Tú sabes que me gustan tanto!

–Sabes lo que haré Carmiña? Cada noche, después de hablar contigo, dejaré un libro de cuentos distinto para que tus ojos brillantes lo lean. ¿Qué te parece?

La niña meditó unos instantes ladeando la cabecita: –Sí, creo que estará muy bien, eso me alegrará mucho, papito.

Día que pasaba, se retiraban los alientos de vida en el frágil cuerpo. Una noche en que, como era usual, padre e hija contemplaban el firmamento, la niña

dijo: –Papito, estoy esperando que caiga una estrella.

Se le encogió al padre el corazón: –¿Para qué, mi cielo?

–Porque siento que con esa estrella me iré. Ahora ya no tengo tanta pena ni miedo, porque sé que me transformaré en estrella y así viviré y les mandaré besitos que llegarán hasta aquí, con mi brillo, además podré leer mis cuentos que me has prometido poner en la ventana... Súbitamente, su pequeña mano se crispó sobre la de su padre.

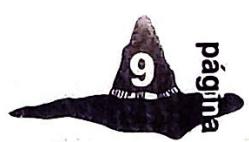
–¡Papá, papá, mira! ¡Ahí cae mi estrella!

Arturo vio cómo un aerolito atravesaba velozmente la bóveda del cielo. La cabecita se reclinó con mansedumbre, como una aveclita herida sobre el brazo de Arturo. Una leve sonrisa se dibujaba en el rostro tranquilo de la niña. Cayó una estrella, al mismo tiempo el cielo ganó otra...

Y desde esa noche, un libro abierto espera.

Velia Calvimontes (1935). Escritora cochabambina

De su libro: “Babirusa y tres tristes”



José Martí

José Julián Martí Pérez. La Habana, 28 de enero de 1853 – Dos Ríos, 19 de mayo de 1895. Escritor, pensador, periodista, filósofo y poeta. Perteneció al movimiento literario del Modernismo. Creador del Partido Revolucionario Cubano y organizador de la Guerra del 95 o Guerra Necesaria llamada así a la lucha de Cuba por la Independencia. Ha publicado en poesía: *Ismacillo* (1882); *Versos sencillos* (1891); *Versos libres* (1878-1882); *Flores del destierro* (1878-1895). En ensayo: *El presidio político en Cuba* (1871) y *Nuestra América* (1891).



Mi despensero

¿Qué me das? ¿Chipre?
Yo no lo quiero:
Ni rey de bolsa
Ni posaderos
Tienen del vino
Que yo deseo;
Ni es de cristales
De cristaleros
La dulce copa
En que lo bebo.

Mas está ausente
Mi despensero,
Y de otro vino
Yo nunca bebo.

Valle Lozano

Dígame mi labriego
¿Cómo es que ha andado
En esta noche lóbrega
Este hondo campo?
¿Dígame de qué flores
Untó el arado
Que la tierra olorosa
Trasciende a nardos?
¿Dígame de qué ríos
Regó ese prado,
Que era un valle muy negro
Y ora es lozano?

Otros, con dagas grandes
Mi pecho araron:
Pues, ¿qué hierro es el tuyo
Que no hace daño?
Y este dije –y el niño
Riendo me trajo
En sus dos manos blancas
Un beso casto.

Tórtola blanca

El aire está espeso,
La alfombra manchada,
Las luces ardientes,
Revuelta la sala;
Y acá entre divanes
Y allá entre otomanas,
Tropiézase en restos
De tulles,—jo de alas!
¡Un baile parece
De copas exhaustas!
Despierto está el cuerpo,
Dormida está el alma;
¡Qué férvido el valse!
¡Qué alegría la danza!
¡Qué fiera hay dormida
Cuando el baile acaba!
Detona, chispea,
Espuma, se vacía,
Y expira dichosa
La rubia champána
Los ojos fulguran,
Las manos abrasan,
De tiernas palomas
Se nutren las águilas;
Don Juanes lucientes
Devoran Rosauras;
Fermenta y rebosa
La inquieta palabra;
Estrecha en su cárcel
La vida incendiada,
En risas se rompe
Y en lava y en llamas;
Y lirios se quiebran,
Y violas se manchan,
Y giran las gentes,
Y ondulan y valsan;
Mariposas rojas
Inundan la sala,
Y en la alfombra muere
La tórtola blanca.
Yo fiero rehuso
La copa labrada;
Traspaso a un sediento
La alegre champána;
Pálido recojo
La tórtola hollada;
Y en su fiesta dejó
Las fieras humanas;—
Que el balcón azotan
Dos altas blancas
Que llenas de miedo
Temblando me llaman.

Amor errante

Hijo, en tu busca
Cruzo los mares:
Las olas buenas
A ti me traen:
Los aires frescos
Limpian mis carnes
De los gusanos
De las ciudades;
Pero voy triste
Porque en los mares
Por nadie puedo
Verter mi sangre.
¿Qué a mí las ondas?
Mansas e iguales?
¿Qué a mí las nubes,
Joyer volantes?
¿Qué a mí los blandos
Juegos del aire?
¿Qué la iracunda
Voz de huracanes?
A estos —;la frente
Hecha a domarles!
A los lascivos
Besos fugaces
De las menudas
Brisas amables,—
Mis dos mejillas
Secas y exangües,
De un beso inmenso
Siempre voraces!
Y a quién, el blanco
Pálido ángel
Que aquí en mi pecho
Las alas abre
Y a los cansados

Que de él se amparen
Y en él se nutran
Busca anhelante?
¿A quién envuelve
Con sus suaves
Alas nubosas
Mi amor errante?
Libre de esclavos
Cielos y mares,
Por nadie puedo
Verter mi sangre!
Y llora el blanco
Pálido ángel:
¡Celos del cielo
Llorar le hacen,
Que a todos cubre
Con sus celajes!
Las alas níveas
Cierra, y ampárase
De ellas el rostro
Inconsolable:—
Y en el confuso
Mundo fragante
Que en la profunda
Sombra se abre,
Donde en solemne
Silencio nacen
Flores eternas
Y colosales,
Y sobre el dorso
De aves gigantes
Despiertan besos
Inacabables,—
Risueño y vivo
¡Surge otro ángel

Hijo

Espantado de todo, me refugio en ti.
Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.
Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.
¡Lleguen al tuyo!

Borges y el fútbol

Primera de tres partes

En *El opio de los pueblos?*, Eduardo Galeano reta con una pregunta: "¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales."

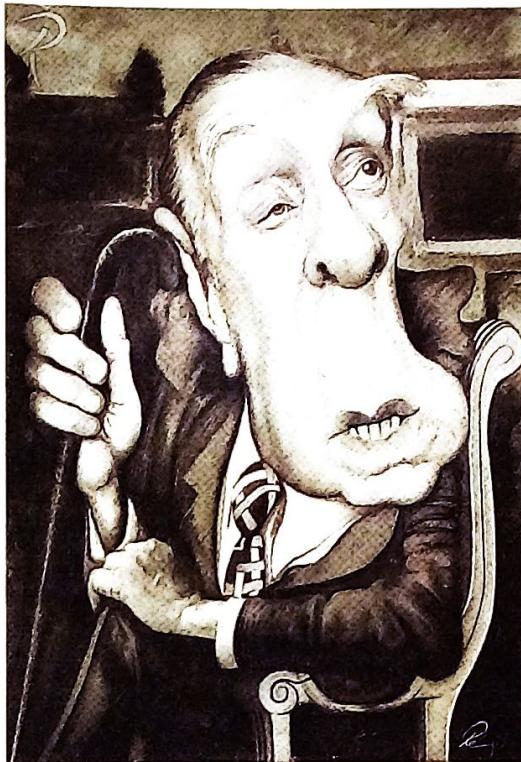
Aunque las relaciones entre Borges y el fútbol fueron, sin duda, escasas, siempre mantuvo esta idea detrás. Las opiniones y las reacciones del argentino frente al fútbol denotan una antipatía natural por este deporte. El presente texto es un intento por reconstruir las razones que lo llevaron a detestarla. Y aunque a Borges le pareciera un juego ridículo, se dio tiempo para conversar con el Flaco Menotti y para motivar algunas anécdotas futbolísticas.

Anécdotas y declaraciones.

En marzo del año pasado, Jorge Valdano vino a México para presentar su libro sobre liderazgo. No es lo primero que da a la imprenta; cuenta también con un par de tomos donde ha compilado cuentos de fútbol escritos por Benedetti, Umbral, Cortázar, entre otros. Extraordinarios, por cierto. Tuve la oportunidad, aquella vez, de hablar con Jorge: figura mítica, jugador inolvidable, príncipe en la conversación. (Recordemos que fue campeón del mundo y que le marcó un gol a Alemania, precisamente en la final de México '86.) Hice referencia al comentario de Borges. No le sorprendió. El atractivo de Borges –Valdano lo ha leído bien– es su *inestabilidad*, me explicó. Borges es un irónico profesional, nunca sabemos si afirma o bromea, la duda nos acecha, jamás alcanzamos la certeza, publicita la desconfianza. Borges es un autor que siembra dudas, y en el lector sólo queda la perplejidad.

Valdano me contó la siguiente anécdota. Hacia 1982, cuando Inglaterra y Argentina discutían con balas la posesión de las Malvinas, se le preguntó a Borges qué opinaba del conflicto. Fue una guerra absurda e inútil, todos lo sabemos; canalla por lo que concierne al bando inglés. Borges, que había nacido en Argentina, pero cuya abuela materna, Fanny Haslam, era inglesa, no se dejó sorprender. Argumentó de manera jovial: denota poca educación Argentina al luchar contra la nación donde se jugó por primera vez al fútbol. Supo, con una prontitud sorprendente, que esta era la razón más contundente que podían entender sus compatriotas. Luego, Borges ofreció otra razón: "las islas habría que regalárselas a Bolivia para que tenga salida al mar"; y denunció que "la Argentina e Inglaterra parecen dos pelados peleándose por un peine".

Tengo la lejana impresión de que a Borges le parecería intolerable descubrir su nombre en un libro escrito por un ex futbolista. Un libro donde se imprimen también los nombres de Van Gaal, de Hugo Sánchez, de Raúl y Maradona. Más aún, Borges sería incapaz de creer que un ex futbolista pudiera escribir correctamente, con cierta decencia. Tenemos, para contrarrestar, a Jorge Valdano,



A Borges le horrorizaba todo lo que reúne gente, como el fútbol o la política, y todo lo que la multiplica, como es espejo o el sexo. Escribe Juan José Sebreli que "tal vez, su rasgo más destacable sea su capacidad de mantenerse inmune al contagio de esas pestes emocionales, esos delirios colectivos de unanimidad que suelen atacar a los argentinos en ciertas circunstancias de su turbulenta historia contemporánea"

(Enrique G. de la G. – Paréntesis 9-10)

lector y escritor brillante. (Del libro *Yo soy el Diego de la gente*, el mismo Maradona ha reconocido que él no escribió una sola letra).

Para descansar o divertirse, Borges prefería el cine o la música sobre los deportes. Sabemos que, como Víctor Hugo, detestaba la ópera. En 1984 viajó a Chicago para recibir un "inmerecido y generoso premio" que la "Fundación Ingersoll" le extendía. Se trataba de un premio "T.S. Eliot". La temperatura en Chicago era de 39° bajo cero. Borges huyó del frío y fue a New York, donde era de 25° bajo cero. Insatisfecho, evidentemente bajó hasta New Orleans; celebró allí las fiestas navideñas. En sus calles repletas de músicos aprendió a escuchar el jazz, "desde los negros spirituals hasta el rock y a mí, que acá (en Argentina) juzgaba horrible al rock, al oírlo allá me pareció lindísimo." (El living del departamento en la calle Maipú, un salón sencillo, donde lucían el retrato de su madre y otro gran cuadro pintado por su hermana, algunos retratos de sus antepasados y la

biblioteca, fue en muchas ocasiones el entorno donde Borges citaba a sus entrevistadores. Una de esas tardes, relacionó el origen del tango con el origen del jazz. "Qué curiosidad; el jazz también nació en los prostíbulos, en New Orleans. Y el tango en los prostíbulos de Buenos Aires. ¡Qué cosa singular los prostíbulos que promueven nuevas músicas!", exclamó maravillado.)

A los pocos días de haber regresado de EEUU, Borges se reunió, como acostumbraba, con María Esther Vázquez para transmitir una conversación por la radio. Se reunían en un sótano del Teatro Colón, donde funcionaba entonces Radio Municipal bajo la dirección de Virgilio Tedín y Ricardo Constantino. En cierto momento, Vázquez le preguntó a Borges de cuánto era el monto del premio. Titubeante, Borges reconoce que se trata de quince mil dólares.

—¿Y qué vas a hacer con esos quince mil dólares, que a un escritor la parecen muchos y a un jugador de fútbol una bicoca?

—Ganan más, María Esther?

—Mucho más.

—¡Caramba!"

Es evidente, por el tono ingenuo y sincero, que Borges poco entendía de fútbol.

La calle bonaerense "9 de Julio" es el lugar típico de reunión para los argentinos. Así como en México las grandes victorias se celebran en el monumento a la Independencia. "El Ángel", los argentinos salen al "Obelisco". Allí, por ejemplo, celebraron los triunfos del mundial México '86, la Copa América del '93 y el reciente campeonato de Boca Juniors. Borges fue bautizado con los nombres de Jorge Francisco Isidoro Luis el 20 de junio en la parroquia San Nicolás de Bari. Dicha parroquia fue demolido. En su lugar se yergue hoy el "Obelisco". Borges afirmaba que el monumento, levantado en 1936 para conmemorar los cuatrocientos años de la fundación española de la ciudad, le impresionaba como algo *ridículo*. Lo llamaba *adefeso*. Sentirse orgulloso por el obelisco le parecía una *tilingüeria*.

Hay un cuento escrito por Borges y Biyo Casares que inquieta a Valdano. Lo publicaron en 1963 bajo el seudónimo ya conocido de H. Bustos Domeq. El título nos recuerda a George Berkeley, "Esse est percipi". Se narra que unos locutores describen con precisión un partido de fútbol. El juego resulta tan bueno que, al día siguiente, todo el mundo lo comenta. Nadie logró advertir que ese juego en realidad jamás sucedió. Fue un montaje ideado por los locutores. En la otra fantasía, llamada comúnmente realidad, esto ya aconteció. Es lugar común la referencia al programa radiofónico de Orson Welles quien, basándose en una novela H.G. Wells, describe con lujo de detalles la invasión de ciertos extraterrestres a nuestro planeta. El pánico se extendió por todas partes. Al comentarista deportivo Pedro Septién, una historia análoga le valió el mote de *Mago*: mientras narraba un encuentro de béisbol, la transmisión se perdió. Impávido, él continuó contando las vicisitudes de un juego que sólo sucedía en su imaginación.

"El Rosedal" es un parque ubicado en los bosques de Palermo. Su nombre oficial es "Parque 3 de Febrero", por la fecha que conmemora el triunfo del general Urquiza sobre Rosas. Incluye un "Patio Andaluz", donación del Ayuntamiento de Sevilla allá por el año 1929. Quien lo recorra descubrirá en el "Jardín de los Poetas", un busto del escritor Jorge Luis Borges. No es imposible tampoco encontrar, hoy día, niños jugando al fútbol los fines de semana. Podría casi apostar que más de un balón ha golpeado la pieza broncinea.

Continuará

BARAJA DE TINTA

Fragmentos

De Henrietta Evans a Manoel García

3 de noviembre de 1941

Querido Manoel: Supongo que al ver el remitente norteamericano de esta carta ya sabrás de qué se trata. Tu nombre figuraba en la lista que pusieron en la pizarra del instituto, la lista de alumnos sudamericanos con los que podíamos cartearnos. Fui yo quien lo escogió.

Creo que debo contarte algunas cosas acerca de mí. Estoy a punto de cumplir los catorce y este es mi primer curso en el instituto. Me cuesta describirme con exactitud. Soy alta y mi figura deja mucho que desear porque he crecido demasiado rápido. Tengo los ojos azules y no sé con certeza de qué color dirías que es mi pelo, a menos que lo consideres castaño claro. Me gusta jugar al béisbol, realizar experimentos científicos (como los que vienen en los juegos de química) y leer todo tipo de libros.

[...] Últimamente he pensado mucho en Sudamérica. Desde que seleccioné tu nombre en la lista, también he pensado mucho en ti y me he inventado cómo eres. He visto fotos del puerto de Río de Janeiro y te imagino paseando por la playa bajo el sol. Me figuro que tienes los ojos negros y acuosos, la piel morena y el pelo negro y rizado. Aunque no conozco a ningún sudamericano, siempre me han caído bien y he deseado viajar por toda Sudamérica, sobre todo a Río de Janeiro.

Ya que vamos a ser amigos y a cartearnos, me parece que deberíamos saber cosas serias el uno del otro. En los últimos tiempos he pensado mucho en la vida. He meditado sobre muchas cosas, por ejemplo, acerca de por qué estamos en la tierra. He llegado a la conclusión de que no creo en Dios. Sin embargo, no soy atea, creo que todo tiene su razón de ser y que vivir posee sentido. Me parece que cuando mueres algo le ocurre al alma. Todavía no he decidido qué quiero ser y me preocupa. A veces me parece que deseo convertirme en exploradora del Ártico y otras me propongo ser periodista y esforzarme por ser escritora. Durante años soñé con ser actriz, sobre todo una actriz trágica que interpretara papeles tristes, como Greta Garbo. Pero este verano me



tocó interpretar a Camila y la representación fue un fracaso estrepitoso. [...]

Manoel, he pensado mucho en ti antes de escribir esta carta. Tengo la firme sensación de que nos entenderemos. ¿Te gustan los perros? Tengo un airdale llamado "Thomas" y es un perro de un solo amo. Me domina la impresión de que te conozco desde hace mucho tiempo y de que podríamos hablar de cualquier tema. Mi portugués no es muy bueno, pero es lógico porque este es el primer año que lo estudio. Me propongo aprenderlo a fondo para descifrar lo que digamos cuando nos conozcamos.

He pensado en muchas cosas. ¿Te gustaría pasar conmigo tus vacaciones el próximo verano? En mi opinión sería maravilloso. Además, he elaborado otros planes. Tal vez el año que viene, después de haberlos visto, podrías quedarte en casa e ir al instituto aquí, yo me cambiaría contigo, me hospedaría en tu hogar y estudiaría en el instituto sudamericano. ¿Qué te parecer? Aún no he hablado con mis padres porque espero a conocer tu parecer. Deseo desesperadamente recibir noticias tuyas y comprobar si tengo razón cuando pienso que opinamos de forma muy parecida sobre la vida y otras cosas. Puedes escribirme sobre el tema que quieras; como ya he dicho, tengo la impresión de que te conozco muy bien. Adiós, y te envío mis más calurosos recuerdos.

Tu afectuosa amiga, Henky Evans

P.S. En realidad, mi nombre de pila es Henrietta, pero la familia y los vecinos me llaman Henky porque Henrietta suena amanerado. Te envío la carta por correo

aéreo para que la recibas antes. Adiós una vez más.

25 de noviembre de 1941

Querido Manoel: Han pasado tres semanas y suponía que a estas alturas ya habría recibido una carta tuya. Es muy probable que el correo tarde mucho más tiempo del que calculé, sobre todo a causa de la guerra. Leo todos los periódicos y la situación mundial pesa en mi mente. No pensaba volver a escribirte hasta tener noticias tuyas, pero, como ya he dicho, las cosas deben de tardar mucho en llegar a los países extranjeros. [...] En mi primera carta olvidé comentar algo: creo que deberíamos intercambiar fotos. Si tienes una foto, envíamela pues quiero cerciorarme de que tienes el aspecto que yo creo que tienes. Te adjunto una instantánea. El perro que se rasca en un ángulo es "Thomas", mi perro, y la casa del fondo es la nuestra. El sol me daba de lleno en los ojos y por eso tengo la cara tan frunciada.

[...] Todas las tardes espero al cartero. Tengo la fuerte sospecha o la coronada de que recibiré tus noticias con el correo de esta tarde o con el de mañana. Sin duda las comunicaciones tardan más tiempo del que calculé, incluso por vía aérea.

Con cariño, Henky Evans

29 de diciembre de 1941

Querido Manoel García: No comprendo por qué no he tenido noticias tuyas. ¿No han llegado mis dos cartas? Hace mucho que varias chicas de mi clase han recibido respuestas de sudamericanos. Han transcurrido casi dos meses desde que empecé a escribirte. Hace poco se me ocurrió que quizás no

has encontrado a nadie que sepa suficiente inglés para traducirte mis cartas. En mi opinión, tendrías que haber dado con alguien y, además, se daba por sobrentendido que los sudamericanos que figuraban en la lista estudiaban inglés.

Tal vez las dos cartas se extraviaron. Me hago cargo de que a veces las comunicaciones fallan, sobre todo a causa de la guerra. Aunque una carta se perdiera, me parece que tendrías que haber recibido la otra sin problemas. Francamente, no lo entiendo. Puede que exista alguna razón que yo ignore. Quizás has estado muy enfermo en el hospital o tu familia cambió de domicilio. Tal vez muy pronto tenga noticias tuyas y todo se aclare. Si ha habido algún error de este tipo, te ruego que no pienses que estoy enfadada contigo por no saber de ti. De verdad que quiero que seamos amigos y que continuemos el intercambio epistolar porque los países extranjeros y Sudamérica siempre me han fascinado y desde el principio tuve la impresión de que te conocía. [...] Por favor, responde en cuánto recibas esta carta y explícame qué falla, de lo contrario no puedo entender tanta tardanza.

Espero tus noticias. Sinceramente tu amiga, Henrietta Evans

20 de enero de 1942

Querido señor García: Con toda mi buena fe te he enviado tres cartas y esperaba que cumpliera su parte en el proyecto de que los alumnos norteamericanos y sudamericanos se escribieran como tensa que Ser. Casi todas las demás alumnas de mi clase recibieron cartas y algunas hasta regalos en prueba de amistad, pese a que no estaban tan interesadas como yo en los países extranjeros. Cada día esperaba sus noticias y le concedí el beneficio de todas las dudas, pero ahora me doy cuenta de que he cometido un grave error. Sólo quiero saber una cosa: ¿por qué incluyó su nombre en la lista si no estaba dispuesto a cumplir su palabra? Sólo quiero decirle que, de haber sabido lo que ahora sé, seguramente habría elegido a otro sudamericano.

Atentamente, Señorita Henrietta Hill Evans.

P.S. No puedo desperdiciar un minuto más de mi valioso tiempo en escribirte.

Narración creada por la escritora norteamericana Carson McCullers, 1917-1967